

Estallido

Entré a la Escuela en **1992**, y como a muchos otros de mi generación, me llamó profundamente la atención y me marcó la relación propuesta entre arquitectura, diseño y poesía. Sobre todo esta última, para mí era un misterio. Venía de un lugar donde todo era concreto, las cosas son o no son; donde el equívoco y la duda no tienen cabida porque vacilar se toma por debilidad.

Llegué a Valparaíso a comienzos de ese año poco antes de que empezara el invierno. La clase fundamental de la carrera (en primer año era solo Arquitectura) se llamaba Taller de Amereida y se daba en una sala inflable ubicada en la parte posterior de la casa. El Aula Neumática, como se llamaba, o Globo, como le decían, en realidad no existía. Cada vez que se necesitaba, se encendían los motores para llenarla de aire a presión y entonces su lomo aparecía por sobre los tejados de la casa.

La sala tenía dos entradas: una daba al escenario y la otra hacia la parte de atrás. Éramos muy cuidadosos al momento de elegir la puerta para no vernos expuestos a la posibilidad de caer en medio del escenario junto a Godo o Alberto. De uno en uno cruzábamos por unas puertas giratorias negras hechas de cholguán. Aún recuerdo con mucha claridad el sonido que producía el roce cuando se atravesaba el umbral. Ahora que lo pienso, era como un parto al revés: pasar de la luz para sumergirse en esa atmósfera intrauterina, siempre densa. Adentro esperaban los profesores sentados en primera fila, rodeando a Godo y a Alberto, los que dictaban la clase. Toda la Escuela se reunía en esa ocasión y a veces incluso se sumaban auxiliares y secretarías.

Ese año las lluvias comenzaron a caer muy temprano. Para mí todo era novedad: el mar, la tormenta, los barcos flotando frente a mi ventana. Vivía en una casa en el cerro Esperanza, sobre la

Caleta Portales. Al día siguiente de la tormenta, corro las cortinas de mi pieza y me encuentro con una imagen inconmensurable que parecía venirse encima: dos barcos de 150 metros de largo varados en la playa. Uno de ellos, recuerdo, se llamaba Río Rapel, y durante meses fue una atracción turística, muy fotografiada.

Cuando llegamos a la Escuela esa mañana, vimos que el Globo estaba roto y pegado contra las paredes de la casa, como si hubiera sido implosionado. El viento lo había destruido. Solo quedaron de pie las puertas giratorias, paradas absurdamente en su lugar. Ahí descubrimos que el espacio donde se levantaba la sala era un patio con piso de tierra.

Tiempo después la sala se reinventó con la incorporación de unas vigas, dejando de ser un espacio inflado, y con ese cambio se perdió la sensación singular de cruzar ese umbral para entrar en el mundo raro que se producía dentro. Eso no se pudo recrear. Desapareció el único lugar de la Escuela donde sentíamos esa comunidad absoluta que nos involucraba a todos por igual.

Marcelo Araya Aravena